

## 9. Su Misa

Don Gaspar, alcanzado el umbral del sacerdocio, se sintió tan indigno que, de no haber sido su amigo el fraile Vincenzo María Strambi, Obispo de Toledo, para persuadirlo de que sus escrúpulos eran bien obra diabólica ,para frustrar el gran bien que él un día habría hecho a las almas, nunca habría decidido subir al altar.

Superado todo escrúpulo, entonces, fue siempre feliz y se alegró de su ordenación sacerdotal y celebraba con especial recogimiento el aniversario. Tenía mucha estima por los ministros de Dios, besaba sus manos y los llamaba siempre "*Venerables Hermanos*". Nunca descuidó celebrar Misa. El martirio mayor, durante su encarcelamiento, no se debe tanto por el sufrimiento físico, como la prohibición de celebrar Misa, y cuando él y compañeros, eludiendo la estricta supervisión de guardias, lograrán en secreto a ofrecer el sacrificio del altar, "*la prisión se convertirá en un paraíso.*"

Su día puede considerarse dividido en dos partes: una de preparación; Misa de acción de gracias el otro. Reservaba para sí mismo, cuando estaba seguro de no provocar susceptibilidades, el "privilegio" de mantener lindo el altar de Santísimo Sacramento, cambiar el agua de las flores - no permitía flores artificiales - Quitar el polvo, asegúrese de que la lámpara estuviese encendida de forma permanente, que las paramentas sagradas estuviesen impecables y bien dorados de los cálices, las patenas, el copón y las custodias. Al limpiar el altar amaba llamar a su alrededor a los estudiantes para animarlos a servir en el altar, y así animarlos al sacerdocio. Decía: "*¡El más bonito recipiente para recibir a Jesús debe ser nuestra alma!*".

Así se confesaba, indiferente al pecado, incluso varias veces en la semana. Era un ardiente el celo con que se encargó de erigir Cofradías del Santísimo Sacramento, Horas de Adoración diarias y nocturnas, y procesiones eucarísticas. Durante las Misiones nunca dejará de aportar gran solemnidad de la Comunión a los enfermos y concluir las con la Comunión General. Cada decisión importante era tomada sólo después de haber orado intensamente en la Santa Misa.

Y ahora he aquí algunos de los unánimes y numerosos testimonios recogidos en los Procesos Canónicos:



*"Celebraba con máxima devoción y estaba siempre inflamado en el rostro durante la misa". "En la celebración parecía un ángel". "Su rostro se inflamaba y despertaba una gran devoción incluso en los espectadores". "Durante la celebración fue tal su emoción que, a veces, por los ojos brotaban copiosas lágrimas y se temía que iba a desmayarse en el altar".* Cuando celebrada en privado, después de la consagración hacía ademán al sacristán de dejarlo solo y de regresar después de una hora. Cuando el sacristán regresaba, siempre se lo encontraba en éxtasis.

Los fieles acudían en masa, cuando sabían que iba a celebrar el canónico del Búfalo: *"¡Vamos a la misa de un santo!"*

No es de asombrarse, por lo tanto, si durante sus misas se han producido muchos episodios extraordinarios. El propio Santo confió a su confesor Taviani de la Compañía de Jesús, que, después de la consagración, sentía a menudo "voces celestiales" que predecían los sufrimientos que se habría encontrado en el apostolado.